

lium glandular, como si dijéramos, los sedimentos de la secreción, que han de ser por lo mismo más abundantes en elementos sólidos.

Estas consideraciones, no están desprovistas de interés práctico, sino que le ofrecen, por el contrario, en altísimo grado en orden al reconocimiento de la leche y á la manera de dirigir la lactancia en ciertos casos.

Respecto de lo primero, previene al médico para que no se inspire exclusivamente en los caracteres de las primeras gotas de leche que salgan de un pecho lleno, ni de las últimas de uno casi vacío, pues su juicio podría ser erróneo. Es preciso, en mi opinión, examinar la leche en tres tiempos sucesivos: cuando está el pecho repleto, después que lleva el niño un rato mamando, y cuando ha concluido de mamar, porque sólo así se reunirán fundamentos para un juicio sólido. Una advertencia debo hacer, y es que para el examen de la porción que podemos llamar *media* de la leche se aguarde á que haya mamado el niño un rato después que la mujer ha sentido la *crecida ó golpe* de la leche, porque en el momento mismo de la crecida es más clara, ya que ésta representa algo así como una exacerbación hipercrínica, en la que la exósmosis se acrecienta y el producto ha de ser necesariamente más pobre en materias sólidas.

El segundo extremo se refiere á las mujeres que tienen mucha leche, pero muy acuosa. En éstas, suponiendo que por circunstancias *ineludibles* deban de seguir amamantando al niño, habría que mandarlas extraerse cierta cantidad de leche antes de aplicar al niño al pecho, para que la que mamara fuera en lo posible de mejores condiciones, y en todo caso la observación del desarrollo y salud del niño nos dirían si era ó no así esta leche aceptable. No resulta, sin embargo, por lo común, conveniente este recurso, porque las mamas suelen protestar del traumatismo que representa la reiterada aplicación del tira-leches ó del frote del ordeñamiento, poniéndose doloridos los pezones y acabando por surgir flemones si no se suspenden tan molestas maniobras. Otro recurso que se debiera poner en práctica con estas mujeres, si, repito, no fuera posible poner al niño en nodriza, consiste en que, cuando sienta la crecida de la leche, retire al niño del pecho y deje verterse el líquido que espontáneamente suele salir en este momento, que por ser más acuoso no debe ingerirlo el niño.

Las *enfermedades* imprimen en la leche, desde el punto de vista cuantitativo, modificaciones aún no bien conocidas, y yo creo que variables en cada caso; pues según la naturaleza del padecimiento y el trata-

miento empleado, ha de ofrecer la leche elementos distintos, ya de orden morboso, entre los que se han comprobado la toxina del tétanos (Brieger), la del tifus (Klemperer) y la de la difteria (Ehrlich), ó ya de orden medicamentoso, como el mercurio; habiéndose también demostrado la reaparición de los corpúsculos de calostro; cosa muy explicable, pues implicando la enfermedad, suponiendo que sea general y de alguna entidad, perturbación del funcionalismo de la economía, es natural que se altere más ó menos el relativo á la elaboración láctea.

Los *afectos del alma*, aparte de que hacen más escasa la secreción, según antes he manifestado, imprimen á la composición de la leche una modificación desconocida en su esencia, pues ni el microscopio ni los reactivos han podido descubrir nada anormal; pero todos saben las malas consecuencias que al niño pueden traer las penas ó las alegrías intensamente sentidas por la madre, cuando comete la imprudencia de darle el pecho en esos momentos ó poco tiempo después. A falta de datos positivos que nos den la clave de este hecho singular, creo lícito apelar á la hipótesis para investigar la causalidad. Así, pues, yo creo que puede explicarse la patogenia de los procesos que en el niño se desarrollan, por una rápida intoxicación, de efectos variables, según las circunstancias; intoxicación que reconocería por origen el hondo trastorno que la conmoción nerviosa determinaría en las elaboraciones nutritivas mediante la contracción vascular producida por la excitación de los nervios vaso-motores, dando lugar á la formación de leucomainas (alcaloides procedentes del metabolismo proteico, muchos de los cuales son tóxicos), que penetrando en la sangre, llegarían á la leche é infectarían al niño; la calidad y cantidad de los elementos morbígenos que el niño ingiriera y el grado de impresionabilidad de éste, darían razón de la diversidad de las enfermedades que en él se desarrollan.

Substancias y medios galactógenos.

El pediatra debe conocer lo que en la ciencia figura como favorable y como contrario á la secreción láctea, porque es consultado muy á menudo respecto de este particular.

Algunas substancias, como el anís y el ajo, comunican su olor á la leche. Los alimentos feculentos, las hortalizas cocidas, la borraja, los berros, el cloruro de sodio, el azúcar, y especialmente el anís, el comino y el hinojo, gozan fama de acrecentar la cantidad de leche; también se atribuye virtud galactógoga al extracto de *galega officinalis*, á

la dosis de 1 á 4 gramos diarios, así como á la ortiga, cuyo extracto se administra á esta misma dosis.

Sin perjuicio de ensayar estos recursos si es necesario, lo primero que se debe aconsejar es que se coloque á la mujer en buenas condiciones higiénicas, el ejercicio al aire libre y ahuyentar del alma la preocupación y la tristeza. Respecto de la clase de alimentación que ofrezca de una manera especial virtud galactopoyética, soy verdaderamente escéptico, no sólo porque encuentro alguna contradicción entre las opiniones de los diversos autores, sino porque creo que siendo la secreción láctea una función que pone á contribución gran contingente de materiales, lo que la mujer precisa es dar á su corriente asimiladora el máximo de amplitud compatible con su fisiologismo, es decir, una sobrealimentación prudente, entendiendo por tal comer todo lo que su aparato digestivo tolere y elabore sin perturbaciones; porque hay que huir, tanto del extremo de una reparación insuficiente, que conduciría á la mujer á la caquexia de la inedia, como del exceso intolerable, que determinaría desarreglos gastro-intestinales desde luego y la misma caquexia por inedia después. La alimentación debe ser variada y nutritiva, dando á las carnes la debida representación, ó diré mejor, haciendo predominar en ella las sustancias feculentas y las azoadas; en cambio la grasa es la que debe figurar en muy corta, cortísima proporción (no por lo que se ha dicho que disminuye la cantidad de leche, hecho que no niego, pero que le atribuyo á lo indigesta que la grasa es, lo que implica poca reparación orgánica), no sólo por su difícil digestibilidad, sino porque el organismo se la proporciona por el metabolismo que realiza en sus tejidos, y particularmente en las glándulas mamarias, así como en el hígado á expensas de los hidratos de carbono y de los albuminoideos, con la importante circunstancia de que la grasa elaborada por el organismo es más oxidable que la ordinaria. La manteca de la leche es más abundante con un régimen en el que predominen las carnes; no obstante, entiendo que hay que procurar ante todo las preferencias alimenticias *justificadas y convenientes* de la mujer y sus aptitudes digestivas, pues lo más importante es que *coma mucho y lo digiera bien*.

Los medios externos que colocaré en orden de importancia, son: la succión, la electrización, el masaje y el ordeñamiento. La primera es seguramente la más eficaz, pues constituye el excitante especial de la glándula mamaria y es al mismo tiempo absolutamente inócua. La electrización debe también emplearse. El masaje, á condición de ser

hecho muy suavemente y de suspenderle en el momento en que ocase la más ligera molestia, puede ensayarse; pues si se efectuara con violencia, ó no se suspendiera á la primera manifestación de dolor, se determinaría fácilmente un flemón mamario; le considero, sin embargo, de escasísima ó nula utilidad. Pero para el que reservo mi reprobación absoluta es para el ordeñamiento, por brutal, antiestético, ineficaz y no sólo peligroso, sino casi necesariamente nocivo, pues á las muy pocas sesiones de ordeñamiento, y en ocasiones á la primera, comienza por experimentar la mujer ardor primero, escozor doloroso después, y si se continúan las maniobras, verdadero dolor, que profundiza más ó menos; y por último, desarrollo de un proceso flegmonoso.

Los medios destinados á agotar la secreción láctea, á los que se denomina agalácticos ó lactífugos, son externos é internos. Los primeros consisten en la compresión de las mamas, cuidando de interponer una gruesa capa de algodón y de que no produzca el más ligero dolor ni la más insignificante molestia, porque podría determinar un flemón, cuya causa ocasional sería el obscuro y molecular traumatismo producido por la compresión; y la predisponente, la hiperactividad en que las mamas se encuentran. Hay que tener muy presente al establecer la compresión, no sólo el grado absoluto de ésta, sino el relativo; pues como los pechos se hallan repletos de leche, con la circulación sanguínea aumentada y la sensibilidad en grado máximo, una compresión, que sería moderada en otras circunstancias, en las actuales es excesiva. Aconsejo, pues, al médico que tome como *cicerone* de su conducta, además de su propio juicio en el momento de aplicar el vendaje, la sensación que la mujer experimenta, la cual no ha de ser nada desagradable.

Entre las sustancias que se recomiendan para unturas en las mamas, considero las más eficaces el alcanfor y el cloruro de amonio, que yo acostumbro á formular así:

Desp.º De alcanfor.....	3 gramos.
» clorhidrato de amoniaco....	4 »
» extracto de belladona.....	4 »
» ictiol.....	5 »
» manteca.....	40 »
H. s. a. pomada.	

Practíquense embrocaciones en las mamas cuatro veces al día, cubriéndolas después con algodón y aplicando la compresión *moderadísima* seguidamente; y si ésta no fuera posible, por ejemplo, por no ser

tolerada, se sostienen las mamas con dos pañuelos grandes doblados y colgados del cuello. Antes usaba yo bastante la lanolina como excipiente, porque está reputada como la grasa que pasa mejor á través del epidermis y que lleva consigo las substancias que tiene en disolución, y para evitar que ocasionara aspereza en la piel agregaba manteca en la proporción de 1 por 10; pero en la actualidad casi la he abandonado, porque he observado que, á pesar de lo suavísima que es, al poco tiempo de dada la untura adquiere la lanolina una viscosidad muy densa y adherente, y la capa que forma es más continua que la de la manteca, mientras que esta última forma una capa más fluida, más tenue y en islotes; circunstancias que me hacen pensar si será más fácilmente absorbida la manteca.

Las substancias farmacológicas que administradas al interior se conceptúan como lactifugas son: la antipirina, el ioduro potásico, los purgantes y los diuréticos. En la antipirina no veo la razón de su conveniencia, porque supongo que no serán los sudores profusos que determina; así es que no la aconsejo si se trata de una mujer que hace meses ha dado á luz; y si es una recién parida, la creo verdaderamente perjudicial por su acción colapsante. El ioduro potásico tampoco le aconsejo, porque siendo vaso-dilatador, dudo que ejerza acción anti-secretoria.

Los purgantes son aceptables para una mujer que hace ya meses que ha dado á luz, pero no lo son en la recién parida, porque todos son catarro-genos intestinales en más ó menos grado, y la cavidad abdominal de la puérpera debe merecernos una cuidadosísima atención. Por último, los diuréticos contribuyen á llenar la indicación que nos ocupa, si bien no con grande eficacia, sí con inocuidad, á condición de saberlos manejar. Suelo prescribir:

Cocimiento de grama.....	500 gramos.
Acetato de potasa.....	2 »
D.º para tomar á jicaras en las veinticuatro horas.	

Si se prescribe el acetato de potasa, téngase cuidado de formularle en disolución, porque por su delicuescencia no se le puede pedir en papeles.

Es también importante recurso antilácteo la atenuación del régimen alimenticio en el grado que se considere preciso, según las circunstancias.

Determinación de las cualidades de la leche.

Dividiré los medios con que la ciencia cuenta para averiguar las cualidades de la leche, en inspección, examen instrumental físico y análisis químico.

INSPECCIÓN.—Lo primero que debe observarse al examinar una leche es la mama, para ver, aparte de su tamaño, su consistencia y la cantidad de leche que contiene. Y aquí se presenta la primera incógnita. ¿Cómo averiguaremos la cantidad de leche que tiene una nodriza, partiendo del prudente supuesto de que su deseo es hacernos creer que es abundante aunque no lo sea? La solución no deja de ofrecer dificultades, porque se presentan mujeres que acaban de dar de mamar, y aunque segreguen bastante leche tienen los pechos blandos; y por el contrario, otras de secreción escasa que los tienen duros porque hace muchas horas que no dan de mamar. Formularé mi opinión en los siguientes principios:

1.º Una mujer de leche abundante no debe tener los dos pechos marchitos, pues con uno de ellos ha podido satisfacer al niño.

2.º Una nodriza de pechos pequeños y no muy abundante leche por lo tanto, puede ser excelente aunque se presente con los *dos blandos* porque acabe de dar de mamar al niño, siempre que la secreción sea activa y vuelvan, por consiguiente, á llenarse pronto.

3.º Los chorritos de leche que salen cuando se comprime el pezón no son de significación absoluta, pues la inmensa mayoría de las mujeres no saben extraerla de este modo; así es que sólo producen, y con dificultad, algún cañito, aunque tengan bastante leche; mientras que otras, aun teniendo poca, lanzan varios chorritos á distancia, ya porque tienen costumbre de hacerlo ó porque su pezón largo y blando se presta á ello. No hay, pues, que dejarse ofuscar por este dato.

4.º La mujer que va á ofrecerse para nodriza debe tener los pechos bastante llenos, pues sabiendo como sabe que lo primero que se desea averiguar es la cantidad de leche, sólo por una candidez, poco frecuente en ellas, y menos en sus consejeros, ó por alguna circunstancia especial, dan de mamar momentos antes de ir á la casa; por el contrario, lo natural es que procuren presentarse con los pechos llenos, siendo, por consiguiente, un mal dato, no absoluto, pero sí presuntivo, el que los tengan flácidos.

5.º El medio seguro que tenemos para determinar el tiempo que